

Queridos hermanos.

La paz, sea con vosotros.

Estamos en el mes de Mayo y para nosotros los Metodistas de todo el mundo, recordamos a Juan Wesley.

Para saber adonde queremos ir, debemos saber de donde venimos.

En mi caso se de donde vengo, por mi mente el nombre de Juan Wesley se fijo en mis recuerdos allá por los nueve o diez años de vida, en las escuelas dominicales.

Los años pasaron y mi fe por la palabra del Señor se arraigo dentro de mí, y con la palabra fueron las enseñanzas de Wesley.

Y como sabía de donde venía, mi fe, como humano soñaba con conocer esas raíces.

Hasta que llegué a Londres una tarde fría de invierno. Lo primero que hice, al otro día, después de descansar, fue ir a conocer la casa, la iglesia y todo lo que rodeaba la vida de Juan Wesley.

Bajé del ómnibus, después de andar, quizás más de veinte minutos, en donde comenzaba una calle, no muy ancha, ni muy larga y al extender mi vista a la distancia, la veía no recta, ni paralela a las otras calles, más bien ésta era con muchos recodos.

La duda se me interpuso, si estaba bien en dicha calle, pero un cartel adosado a una vieja construcción tenía el nombre de la misma, City Road, sin pensarlo más, proseguí mi camino.

Pocas cuadras, más adelante leí un cartel indicador que junto a una flecha me indicaban, Methodist Chapel – Iglesia Metodista, una inmensa alegría se apoderó de mí.

Camine un ciento de metros y me di de lleno frente a un cementerio, miré hacia enfrente y ahí estaba, la casa de Wesley, su patio, la iglesia, y el cementerio donde estaba enterrado Juan, su madre y muchos de los que le acompañaban.

Estaba en las propias raíces de mi fe.

Crucé la calle, dirigiéndome hacia la puerta de la casa, me paré frente a ella, y por mi mente empezaron a pasar recuerdos de cosas que había leído y escuchado sobre él.

Alcé los ojos hacia el pequeño llamador, con forma de una mano, que estaba colocado en la puerta ¿Cuántos habrán tocado ese llamador? Gente solicitando orar por un enfermo, otros, una ayuda para su desesperación de soledad, o quizás para un consuelo por la pérdida de un ser amado, o la alegría para un bautismo o casamiento, un mendrugo de pan para un hambriento, pero todos como yo, en el fondo buscábamos la palabra de fe que necesitábamos.

Mi mano tembló al tomar aquel llamador, ahí habitaban las raíces de mi fe, ante tanta emoción, les aseguro que sin darme cuenta, por mis mejillas corrían lágrimas, y mi corazón era un caballo desbocado.

Habían pasado casi trescientos años y ahí estaba un hombre, con su cabeza plateando en canas, de un pequeño país lejano, buscando y llamando a la puerta de aquel que había hecho también, arder su corazón en la fe.